

MATEO MARTINIC BEROS

**patagonia,
materia y
espíritu**

PUNTA ARENAS - CHILE

MATEO MARTINIC BEROS

**patagonia, materia
y espíritu**

Conferencia pronunciada por el
Rector del Instituto de la Patagonia,
Mateo Martinic Beros, al inaugurarse
el período académico 1970 de este
plantel de estudios e investigaciones.

ES UNA PUBLICACION DE LA CORPORACION DE MAGALLANES

Hacen exactamente hoy cuatrocientos cincuenta años que un atrevido almirante daba con sus naves frente a una costa yerma y escasamente atractiva; muchas singladuras se habían sucedido desde su salida del puerto gaditano de San Lúcar de Barrameda en obediencia a una misión que le había llevado cada vez más hacia el sur. Era él Fernao de Magalhaes en su hablar patrio, Hernando de Magallanes en la lengua del monarca español su actual soberano, y a cuyo alto servicio había ingresado; su tarea, encontrar el paso hacia la mar del sur de Balboa, para alcanzar la meta codiciada de las islas de la especiería.

La tierra hosca que recién pisaba la vio poblada, a poco andar, de hombres membrudos y de aventajada estatura, que se les antojaron gigantes a los marinos de la expedición; por eso la llamaron "Tierra de Gigantes", pero como también observaron más tarde las grandes huellas que sus pies calzados dejaban en la nieve de la estepa, el cronista de la Armada, caballero Antonio Pigaffetta, los llamó "patones" o "patagones" y al solar que los albergaba "tierra de los patagones", nombre que el tiempo haría prevalecer como "Patagonia".

Se incorporaba así a la geografía y a la historia de los pueblos una región singular que sucesivos descubrimientos y reconocimientos revelarían enorme en su vastedad, disímil en su conformación física, distinta en su contenido vital.

¡Patagonia, cómo habría de mentarse el nombre a lo largo de los siglos! Objeto de pasiones encontradas, denuestos y elogios, sobre ella, sus recursos, sus gentes, habría de escribirse una de la más copiosas bibliografías que sobre región del planeta se haya ocupado el Hombre.

¿Cómo y cuánto es y qué significa la Patagonia? En un esfuerzo de síntesis esbozaré sus rasgos geográficos, su potencialidad económica, su historial, y apreciaremos cómo existen varias Patagonias en su inmensidad, pero que en su conjunto con-

figuran un multifacético país.

Su vastedad es tal vez la primera de las características físicas que llaman la atención. Para comprenderla nada mejor que un viaje imaginario a lo largo de su inmenso perímetro. Entrando por la boca del río Negro, en el Atlántico, y remontando su curso hasta alcanzar el Neuquén y a través de él, siempre subiendo arribaremos a la cordillera de los Andes, siguiendo una dirección general de sudoriente a norponiente. En lo alto del macizo andino doblaremos bruscamente hacia el sur, saltaremos de pico en pico hasta ver las fuentes de agua que caen al fiordo de Reloncaví, en la vertiente occidental; tras haber descendido con ellas y ya en el mar navegaremos hacia el sur saliendo al Pacífico frente a las bocas del Huafo y seguiremos la costa brumosa, abrupta y rocosa hasta el grado 52º de latitud austral, en donde tomaremos la ruta del Levante, penetrando en el estrecho de Magallanes cuyo curso completo seguiremos hasta salir al Atlántico al doblar el cabo Dungeness, de allí siempre al norte siguiendo la costa tornaremos al punto de partida en la desembocadura del río Negro.

En tan vasto perímetro se encierran un millón de kilómetros cuadrados de territorio, todo un país distinto en sus componentes físicos, rico hasta lo inconmensurable en recursos y aún escasamente poblado. Del lado del Atlántico, una tierra llana, de vegetación rala, que se desarrolla en terrazas escalonadas que descienden hacia el océano; zona de estepa donde señorea el viento impetuoso, esa es la Patagonia oriental, la de la imagen clásica. Del lado del Pacífico la tierra llana, entera y maciza del oriente, se deshace en millares de islas y costa firme resquebrajada casi al infinito, con una topografía enloquecida, quebrada y abrupta, donde se desarrolla una vegetación ubérrima gracias a la lluvia permanente; el interior y las alturas son un dominio soberbio de nieves y glaciares, reino absoluto del silencio blanco. Es la Patagonia occidental, en nada semejante a la anterior. Allá largos y tranquilos ríos cortan profundos la reseca estepa, acá cursos turbulentos que atesoran energía drenan el exceso de

agua. Al oriente se disfruta de la sensación extrañamente grata de tierra inmensa hasta la infinitud y en donde la mirada se pierde en el horizonte; al occidente los muros rocosos que limitan la vista y obligan al cauto navegar, configuran horizontes de cercano término y conducen la mirada hacia las alturas para admirar la arquitectura prodigiosa de las montañas. Es allí donde por momentos se piensa que el Creador detuvo su obra en el segundo día separando las formas del caos.

Entre ambas Patagonias vinculándolas fuertemente se desarrolla la Patagonia interior o andina. Los caracteres acusados y hasta rudos de las anteriores se dulcifican aquí, se modera el viento, se hacen prudentes las lluvias, los bosques crecen vigorosos y los pastos excelentes; la tierra es saludable al Hombre que se ha afincado en ella con predilección, en los ricos valles que transcurren desde Nahuelhuapi, pasando por las hoyas del Simpson y del Baker, y las cuencas lacustres interiores, hasta llegar a las tierras de Ultima Esperanza. Es la región maravillosa donde las bellas montañas se reflejan en las aguas de los no menos hermosos lagos andinos.

De norte a sur, particularmente por el oriente, el curso de los grandes ríos patagónicos enmarca nuevas subdivisiones del territorio. Así desde su término boreal, que algunos extienden y con fundadas razones al río Colorado, y hasta el Chubut se desarrolla la Patagonia Septentrional, alternativamente la más seca y la más fértil, y también la más poblada; entre el último río y el Deseado está la Patagonia central, la de las grandes cuencas petroleras; finalmente al sur y hasta llegar a las riberas del estrecho de Magallanes se extiende la Patagonia austral o meridional, la que legara su nombre a todo el enorme país, famosa por la excelencia de sus tierras pastoriles.

En tan distinto como variado territorio la Providencia derramó abundosa riqueza que depara halagüeño presente y auspicioso porvenir a las naciones que lo comparten. Energía hídrica cuyo potencial causa vértigo, petróleo con producción de tres cuartos de siglo y con perspectivas para otro tanto más; gas na-

tural en depósitos cuyo volumen abruma, carbón con reservas de proporciones mundiales; calizas y mármoles en masas que han desplazado a la tierra para aflorar como enormes islas, tal es su magnitud. Pero el reino mineral no se agota con este recuento y han de sumarse cobre, plomo, oro, arcillas y un sinnúmero de otros elementos que permiten apreciar la generosidad del patrimonio no renovable. Y el recuento prosigue con los recursos naturales renovables y los introducidos por el hombre: aguas fluviales y marinas riquísimas en peces, mariscos y algas; tierras pobladas de mamíferos y volátiles, bosques inmensos, depósitos verdes de vida y reservas ingentes de madera; pastos sin fin que sostienen a 25.000.000 de ovejas y 700.000 vacunos. Valles férciles y suelos agrícolas aptos, sino abundosos al menos suficientes para entregar apreciado fruto. Agréguese todavía las usinas y plantas fabriles que el afán creador ha establecido por doquier y se completará el bosquejo económico de la región. Quien haya oído este apretado recuento comprenderá entonces muy bien por qué se califica a la Patagonia como la tierra del futuro, sobre todo si se aprecia que el Hombre en potente esfuerzo aprovecha sólo parte de tanto patrimonio, y cómo para lograr su desarrollo integral y completo es indispensable incrementar sustancialmente la población, porque tan enorme región tiene apenas casi tantos habitantes como kilómetros cuadrados de superficie posee, habitando la Patagonia chilena unos doscientos mil, mientras la argentina, más vasta, está poblada por una cantidad tres veces superior, poblaciones insuficientes en ambos casos para el cumplimiento de la magna tarea.

Si grandioso y rico es el escenario no lo es menos la historia de los hombres que llegaron a señorearlo a lo largo de los siglos. Es la Patagonia histórica cuyos comienzos se sitúan quince o más milenios atrás cuando aún parte del territorio en su región meridional vivía el término de la última época glacial.

En lenta emigración terrestre los seres humanos fueron bajando hacia el sur, viniendo desde el centro del continente, poblando los lugares más a propósito para la vida. En casi paralela

emigración otros hombres descendieron por la vía del mar en medio de condiciones en extremo duras y difíciles. Aquellos fueron cazadores pedestres, éstos canoeros. Sucesivas oleadas de inmigrantes fueron sustituyendo con el correr de los siglos a los primeros y a quienes tras ellos fueron arribando, hasta llegar al alborar de los tiempos históricos, para nosotros la época del Descubrimiento, que nos muestran en el oriente continental y en la Tierra del Fuego propiamente tal a tribus cazadoras del grupo racial pámpido, en tanto que en el mundo marino del occidente continental e insular a los grupos de indígenas de extracción racial fuéguida.

El relativamente tranquilo y rudo pasar de estos seres se vio interrumpido por la llegada de extraños hombres barbados, surgidos desde el fondo del horizonte, que en sus naves barri- gudas silenciosamente contorneaban las costas. La índole pací- fica de los aborígenes hizo que no se suscitaran en general luchas entre recién llegados y residentes. El europeo más bien observó con curiosidad a los naturales, se impresionó por su estatura o les atribuyó caracteres simioides como en el caso de los canoeros fueguinos, reparando con asombro en las particularidades ex- trañas del medio físico y en los animales que lo habitaban. De las versiones de tantas impresiones fueron gestándose y nu- triéndose las leyendas que poblaron a la Patagonia y a la Tie- rra del Fuego de gigantes y hombres coludos, de endriagos y dragones, fantasías que colmaron las mentes de la Europa de los siglos XVI al XVIII y contribuyeron a crear esa imagen fabulo- sa e irreal pero fuertemente persistente que los exploradores y serios viajeros tardarían centurias en disipar. El indígena mismo no fue ajeno al origen e incremento de los mitos; sus ambiguas respuestas a preguntas acerca del destino de las expediciones náufragas, como sus afirmaciones engañosas sobre la existencia de minerales preciosos contribuyeron en mucho al origen y man- tenimiento de la más sostenida de las fantasías y leyendas pa- tagónicas: la de la existencia de la Ciudad de los Césares, que en medio de áureo esplendor y colmada de riquezas fue situa-

da al pie oriental de la Cordillera en la parte central. En su inútil búsqueda se afanaron incontables expediciones y el primer misionero y mártir de la fe cristiana, Padre Nicolás Mascardi, del Colegio Jesuíta de Castro, perdió su vida por tal causa.

Las leyendas y la necesidad de desentrañar su misterio, como la de conocer los caracteres del extraño país movieron a los exploradores. El comendador Jofré de Loayza, el caballero de Alcazaba y los hermanos Nodal por el sur y la costa atlántica; los pilotos Cortés de Ojea y Ladrillero por los canales del occidente y los senos interiores; el tenaz y desventurado Sarmiento de Gamboa por las costas del Estrecho; el conquistador Francisco de Villagra, el padre Rosales, el ya nombrado Mascardi y los misioneros Elguea, Zúñiga, Lagunas y Menéndez, trasponiendo la Cordillera viniendo del Chile viejo, en las tierras del Neuquén y Nahuelhuapi; los religiosos Strobel, Quiroga y Cardiel, penetrando al interior desde el Atlántico, los insignes pilotos y capitanes Moraleda, Córdoba y Malaspina a lo largo de las costas, en fin no son sino algunos de los muchos hombres que movidos por la fe, la codicia, la sed de aventura, el afán de conquista o la serena investigación científica pretendieron y alcanzaron a develar parte del misterio de la Patagonia.

Los intentos de colonización y poblamiento que los españoles procuraron realizar en las tierras patagónicas tuvieron en general triste fin. Las penurias, hambres y miserias humanas sellaron el desastroso destino de Nombre de Jesús y Rey Don Felipe sobre el estrecho de Magallanes; los reiterados alzamientos indígenas marcaron el fin de las misiones de Nahuelhuapi; la soledad y falta de apoyo impidieron el desarrollo y forzaron el abandono de las colonias de San Julián, Deseado y San José en la costa oriental. Sólo sobrevivió como muestra de tanto infructuoso esfuerzo el fuerte del Carmen de Patagones, sobre las márgenes del río Negro, en el extremo septentrional, único punto habitado por hombres blancos que alcanzó al siglo XIX. Los sufrimientos y desventuras sin cuento, las desilusiones y los fracasos constituyeron poderoso freno para cualquier intento colo-

nizador de alguna envergadura por parte de la Corona de España a lo largo de las costas, mientras que en el interior del territorio patagónico el ancestral vivir y contender de las tribus se enriquecía con el dominio del caballo, aportado por los españoles establecidos en las orillas del Plata. Así para los libres tehuelches su milenario trashumar pedestre se transformó en ecuestre, moviéndose de paradero en paradero, de "aik'n" en "aik'n", donde abundaban las tropas de guanacos y avestruces, aguadas y buen abrigo, asomándose de tarde en tarde por las costas donde los fugaces establecimientos de cristianos, bien para intercambiar con ellos o para medrar a su costa o aún para asaltarlos y robarlos.

Así la Patagonia arribó al siglo de la Independencia americana en el hecho como un enorme y casi desconocido erial, posesión más aparente que efectiva del Reino de Chile y con jurisdicción del Virreinato de Buenos Aires sobre sectores de la costa oriental.

Entrado el siglo y transcurridas las primeras décadas del mismo, de pronto los ojos de las naciones imperiales de Europa se tornaron a la Patagonia, sus tierras y sus aguas; también las nacientes repúblicas de Chile y Argentina volvieron sus miradas hacia los territorios del sur, recordando históricas jurisdicciones. La carrera por la ocupación, si tal puede llamársela, la inició Chile quien reivindicó, siguiendo la inspirada insistencia del gran O'Higgins, el dominio del Estrecho y sus tierras alledañas estableciendo al promediar la centuria sus colonias de Fuerte Bulnes primero, y de Punta Arenas, algo más tarde; serían ellas, sobre todo la última las puntas de lanza de la penetración y conquista del país ignoto. Argentina, establecida ya desde fines del siglo anterior sobre el río Negro, se asentó junto al Chubut y sobre el Santa Cruz en plan de colonización. Quedó planteada así la contienda entre las dos jóvenes naciones por el dominio del solar patagónico, contienda pacífica en que los instrumentos y elementos de lucha fueron el esforzar pionero de los colonos y los actos efectivos de soberanía nacional. El conflicto jurisdiccional,

de airada discusión por momentos, halló tranquilo término al concluir el siglo, dividiéndose ambos pretendientes el territorio de la discordia. Chile quedó con la Patagonia occidental, parte importante de la Patagonia interior y un pequeño sector de la oriental, en tanto que Argentina recibió el resto del vastísimo erial.

Entre tanto se definía el dominio jurisdiccional se desarrollaban las epopeyas del reconocimiento geográfico-científico, del poblamiento y de la civilización. En la primera de estas empresas destacaron Musters, Simpson, Steffens, Fonck, Moreno, Moyano y Lista entre muchos, permitiendo su inapreciable esfuerzo hacer al fin luz sobre la realidad geográfica del interior patagónico. En las empresas del poblamiento colonizador, del desarrollo económico y social —que alcanzaron proporciones increíbles para la época y el duro medio geográfico— destacaron los pioneros, varones de fibra excepcional, hijos de distintas razas cuyos hechos colman los anales pacíficos del sur y cuyas figuras señeras fueron Oscar Viel, Luis Piedra Buena, Lewis Jones, José Menéndez y Mauricio Braun y junto a ellos un millar de hombres anónimos cuya pujanza no por menos afamada fue menos decisiva. Mención especialísima merece en el campo de la civilización y del desarrollo religioso y social la obra de San Juan Bosco, por antonomasia el Santo de la Patagonia, que creyó en ella sin verla, profetizando su prodigioso progreso, y envió a sus hijos a contribuir a su conquista espiritual y física. Entre ellos destacaron como paladines hombres de la talla de Cagliero, Fagnano y Milanesio, sembradores todos de fecunda simiente espiritual y civilizadora.

En el esfuerzo poblador y en el del desarrollo económico y social de la Patagonia cupo un papel fundamental y decisivo a Punta Arenas, la modesta colonia del Estrecho, cuyos habitantes fueron los portadores del aliento vital y los factores de la maravillosa empresa, atribuyéndole a la misma un rol protagónico que elevó a niveles impensados su prosperidad y adelanto, brindándole un lustre merecido como verdadera generadora del pro-

greso austral.

Así el afán laborioso que no conoció límites ni desmayos hizo florecer y producir la tierra, fundó pueblos y ciudades, levantó fábricas, creó flotas y multiplicó los establecimientos rurales, promovió la enseñanza e hizo surgir la cultura, y generó trabajo y prosperidad por doquier. Y las duras estepas y cordilleras hasta entonces infecundas se abrieron generosas al sudor vivificador de quienes hallaron en ellas la paz que proporciona el trabajo creador, y que en infatigable andar abrieron ancho el camino del progreso a las posteriores generaciones que vieron la luz en la nueva tierra de promisión, y a los hombres y mujeres que arribados al suelo austral sumaron su esfuerzo productivo al constante prosperar.

¿Qué produjo el milagro del afincamiento humano donde antes los anales sólo habían registrado fracaso y desventura? Sin duda la distinta motivación que impulsó a los colonos que no imaginaron la fácil riqueza que buscaron sus antecesores deslumbrados por la dorada leyenda. Tal vez si por lo mismo y porque vieron que la tierra no era precisamente de pan llevar y porque comprendieron bien que era menester mucha dedicación y más tenacidad y constancia para obtener el éxito. Así la Patagonia vendida por el afecto de estos modernos conquistadores se dejó fecundar y comenzó a entregar excelente y continuado fruto.

Este es el momento para recordar con unción al hombre y a la mujer patagónicos, los que arribados y establecidos en el suelo austral, en libre decisión, que para muchos ha parecido haber carecido de lógica, constituyeron con su presencia y acción el aliento vivificador que infundió espíritu a la materia despreciada e infamada por estéril. El varón, ejemplo vivo de pujanza y coraje, donde quiera actuó, fuera enfrentando la difícil Naturaleza hasta domeñarla, fuera en el diario bregar en el seno de la bullente y a veces conflictiva comunidad urbana; la mujer, admirable compañera que ya desde antaño dio prueba sin igual de entereza y valor al dar a luz sus hijos en la carreta pionera o al cuidar el solitario hogar cuando el hombre lejano laboraba duro

por el mejor porvenir de los suyos. ¡Admirable conjunción y complementación!, de ellos, de su fuerza espiritual y de su reciedumbre física se nutrieron sus hijos y los hijos de sus hijos, que han formado y forman la mejor riqueza que atesora la Patagonia, su mayor y más pura reserva, y cuya vivencia conforma el alma permanente de la tierra.

Mas si encomiable en grado superior la labor realizada, la obra del Hombre en la Patagonia está todavía incompleta. En lo económico, aguardan aún el aprovechamiento integral de sus recursos, inmensa reserva como es para el porvenir grandioso de dos naciones, mediante la aplicación de más trabajo y nuevas tecnologías, y en lo humano, el esfuerzo integrador, factor como ha sido, es y será el territorio austral de asociación íntima entre los dos pueblos hermanos, estribando en ello sin duda su más trascendente destino.

Para las comunidades del sur, la Patagonia es la patria chica en la patria grande; para unos y para otros, chilotes continentales, aiseninos, magallánicos, santacruceños, chubutenses, ríonegrinos y neuquinos es lugar de nacimiento o de adopción, sitio de afanes, amores y dolores, solar de ensueños, mañana de esperanzas.

Buscando el secreto de la consubstanciación que se advierte entre la tierra patagónica y el Hombre, hurgando en el por qué del porfiado afincar, acaso demos con la razón que resume el encanto que emana de esta maravillosa región que se extiende inmensa al cabo del mundo, amparada eternamente desde lo alto por la Cruz del Sur, visible en la fugaz serenidad de la bruma occidental o en el claro firmamento de la estepa; razón que tal vez tenga su mejor expresión y síntesis y quizás la clave del secreto en aquella frase de hondo contenido del explorador alemán, pronunciada al momento de la despedida: "¡Patagonia, eres la tierra del hombre fuerte y del alma libre!".

Punta Arenas, 1º de Abril de 1970.